

Leonardo da Vinci, un gran artista del Renacimiento

Que no me lea quien no sea matemático,
pues yo lo soy siempre en mis principios.

LEONARDO DA VINCI

INTRODUCCIÓN

*S*i alguna virtud tengo, estoy segura, no es precisamente la obediencia, por eso me atreví a leer algo de la obra de Leonardo da Vinci, sin ser yo matemático (a).

Leonardo da Vinci, hombre del Renacimiento, es una personalidad atrayente, como lo son todos los grandes personajes que llegaron para quedarse gracias a sus obras, no sólo su obra pictórica, sino también sus aportes científicos, técnicos, poéticos pero, y de manera especial, sus aportes a la filosofía; sus conceptos sobre Dios, la naturaleza, la condición humana, la amistad, el trabajo y otros temas más que ocupan el pensamiento de los hombres de todas las épocas.

En este trabajo analizo algo de la obra de Leonardo, buscando primero las circunstancias en las que se desarrolló su vida, pues a la manera de Ortega y Gasset: "Yo soy yo y mis circunstancias", yo también estoy convencida de ello, por eso quise conocer su entorno y cómo influyó en el artista.

En esta búsqueda histórica encuentro el pensamiento de Platón y Aristóteles en el pensamiento y en la filosofía de Leonardo; su pensamiento

artístico, científico y filosófico nos dan una muestra de su formación humanística.

EL HOMBRE Y SUS CIRCUNSTANCIAS

“La palabra Renacimiento significa volver a nacer o instaurar de nuevo” (Gombrich, 1992: 167). Elogiar a un artista de esta época, era tanto como decirle que su obra era tan buena como la de los clásicos antiguos, refiriéndose a los artistas griegos y romanos. Había que recuperar tal grandeza y volver la mirada al arte, a la ciencia, a la filosofía. Esto tuvo su auge especialmente en la rica ciudad de Florencia.

Se trata de volver al mundo clásico de los griegos y los romanos antiguos: Petrarca (1304-1374) imita a Cicerón (106-43 a. C.) y lee a Homero (S. IX a. C.). Miguel Ángel (1475-1564) excava en busca de monumentos y estatuas clásicas. Cosme de Médicis (1389-1464), a la manera de Platón, establece la Academia de Florencia.

En un ambiente de expansión económica sobresalen varias ciudades europeas, en ellas se da un importante crecimiento económico, financiero y comercial, todo acompañado también de cruentas luchas religiosas. Los hombres de los siglos XV y XVI ponen sus esperanzas más en ellos mismos que en Dios; pero como un hombre nuevo, renacido. Los renacentistas son humanistas, tienen confianza en el poder de la razón al servicio de

la ciencia y la técnica. “El hombre renacentista vive con alegría de vivir” (Xirau, 1964: 188), es un hombre encontrado y a la vez perdido entre la esperanza y la duda.

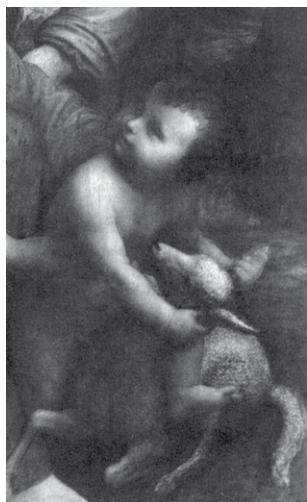
Se vive en un mundo donde aparecen los burgueses, habitantes de los burgos, convertidos en capitalistas banqueros (como lo fueron los Médicis en Florencia), y tienen tal poder que reyes y papas dependen de ellos, o ellos mismos ocupan estos cargos. El comercio se “globaliza” gracias, especialmente, al descubrimiento de “tierras nuevas”, como lo hecho por España y Portugal en América. Crece la tierra y crece también el cielo: “Copérnico (1473-1543) establece de una vez por todas que el sol es el centro del sistema planetario” (Xirau, 1964: 189) y la tierra es limitada por su forma esférica.

Algunas ciudades italianas adquirieron gran importancia y fama no sólo por su abundante riqueza, sino también por su vida cultural; una de ellas fue Florencia, que conservó su independencia aún dentro de permanentes agitaciones



Leonardo da Vinci, *La virgen con el niño y santa Ana*.

LA COLMENA 6/7/68, julio-diciembre 2010



sociales. Por su parte, Venecia logró lo mismo, en medio de fuerzas contrarias y confabulaciones que pusieron en peligro su estabilidad social. Ciudades basadas en una fuerte economía financiera y comercial, pero cuya grandeza también se reflejó en el esplendor cultural que alcanzaron: ciudades donde se leía a los

clásicos griegos y romanos; se estudiaban libros sobre filosofía, teología, derecho, medicina, historia; se crearon importantes bibliotecas como la del cardenal Bessarión.

“La máxima conciencia política y la mayor riqueza de formas evolutivas las encontramos reunidas en Florencia. En este sentido Florencia merece en justicia el título de primer Estado moderno del mundo” (Burckhart, 1984: 41). Florencia, donde triunfa el comercio, la industria, la historia, el arte, la cultura toda, se convierte en el centro del *re*-nacimiento del pensamiento griego en torno, principalmente, al de Platón y Aristóteles, así como de los neoplatónicos. Surge el ideal del *uomo universale* apoyado en una educación total para formar un hombre completo; un conocimiento universal, no especializado ni parcial, para formar un hombre universal. Un ser armónico entre el desarrollo de la materia y el espíritu, alma-cuerpo a la manera de Platón; hombres capaces de convertir todas sus posibilidades-potencias en realidades-actos, a la manera de Aristóteles, como en los casos de Alberti, Leonardo y Miguel Ángel.

El artista es visto como cualquier hombre creador, quien necesita de materias primas para su obra, además de las reglas y la técnica. Llega al conocimiento científico para alcanzar la sabiduría-síntesis, ésta es el conocimiento supremo por principios primeros y causas últimas: la filosofía. La ciencia-filosofía, a la manera de los filósofos griegos clásicos, tiene un fin supremo: la sabiduría. Por el otro lado está la técnica que tiene un sentido utilitarista: saber hacer. Leonardo da Vinci es pintor y a la vez

teórico de la pintura, tanto de la ciencia como de la técnica, además puede considerarse un filósofo-sabio.

En el Renacimiento, la naturaleza es considerada como fuente de inspiración del artista. Xirau cita a Da Vinci respecto a su pensamiento sobre la naturaleza: “La bondadosa naturaleza procede siempre de tal manera que en todo el universo siempre encontrarás cosas dignas de imitar” (Xirau, 1964: 190). La naturaleza no contradice las leyes, por el contrario, es ordenada, regular, en espera del hombre científico, quien la estudiará y descubrirá esos principios-leyes que la rigen; el artista, también científico, la pintará o creará obras estéticas. Espera la aparición de las ciencias y las artes: las ciencias, especialmente las matemáticas, al servicio de la invención, la práctica, la acción, la técnica, el arte; la filosofía como la ciencia ideal, última.

En este ambiente produjeron sus obras literarias Dante (1265-1321), Petrarca (1304-1374), Boccaccio (1313-1375) y Maquiavelo (1469-1527), este último aportó a la construcción del Estado, escribió para los Médicis, especialmente para Lorenzo el Magnífico (1449-1492). Todos estos hombres tuvieron una refinada educación, basada en la lectura de los clásicos. La antigüedad clásica se une con el cristianismo en el arte y la cultura “la preferencia de Petrarca por la Roma pagana y la preferencia de Giovanni [Fra Giovanni da Angélico 1387-1455] por la cristiana” (Burckhart, 1984: 98). Se buscaron los restos de las obras antiguas de Grecia y Roma, consideradas superiores a las existentes. Pero, ¿quiénes apoyaron también este desarrollo cultural?: los papas de Roma, convertidos en rectores culturales de la época.

El papa Sixto IV (Francesco della Roveré), cuyo papado fue de 1471 a 1484, edificó en el Vaticano la célebre *Capilla Sixtina*. Era buen predicador y buen teólogo, sumamente extravagante y despilfarrador de los recursos

del Vaticano, tuvo luchas por el poder con Lorenzo de Médicis, con los reinos de Ferrara y Venecia, fue protector de los Borgia, familia italiana de origen español, de donde surgió el papa Alejandro VI (Rodrigo Borgia), cuyo papado fue de 1492 (año en que se “descubrió” América) hasta 1503; su hijo fue César Borgia (cardenal y político hábil e inhumano), quien quiso conservar su señorío sobre el Estado Pontificio, y que en los inicios del siglo XVI tenía los mejores soldados y oficiales de toda Italia (Burckhart, 1984: 64).

La ciencia y la técnica bélicas tuvieron gran auge, pues había necesidad de crear nuevas y mejores armas, así como obras de fortificación más eficaces que protegieran a las ciudades italianas más importantes de los ataques de sus enemigos.

“Con Julio II (papa de 1503 a 1513) vinieron los gloriosos descubrimientos del Lacoonte, de la Venus vaticana, del Torso, de la Cleopatra, etcétera; también los palacios de los nobles y de los cardenales empezaron a decorarse con estatuas y fragmentos antiguos” (Burckhart, 1984:102). Asimismo, debía rescatarse a los filósofos clásicos al leerlos en sus propias lenguas, por ello surgieron maestros de griego en Florencia, Padua, Bolonia, Ferrara, Venecia, Perusa y Pavía. La educación debía girar alrededor de un humanismo creador: el hombre como centro de la cultura.

Después llegó León X (Juan de Médicis) quien ocupó la silla papal de 1513 a 1521. Fue hecho cardenal a los 13 años y papa a los 37. Protector de las artes y de los artistas; astuto y deshonesto; vendedor de indulgencias, que eran dispensas de penas exigidas al penitente, generalmente a cambio de dinero:

Pon tu dinero en la bandeja,
 abre las puertas perladas y entra sin chistar.

(Chadwick, 2006: 93)

Contra este mercantilismo se rebeló Martín Lutero (1483-1546), proclamando sus 95 tesis, que dieron lugar a la reforma protestante del siglo XVI. Lutero, además de criticar los abusos cometidos por la alta jerarquía eclesiástica (empezando por los papas), criticó también a las masas populares por su ignorancia, pues estas multitudes eran analfabetas que creían en los altos jercarcas religiosos, los santos, las reliquias y las indulgencias. Así, la ignorancia y el fanatismo fueron campos propicios para el abuso.

Es importante mencionar en este ámbito a Erasmo de Rotterdam (¿1466?-1536), a quien le tocó también vivir en este mundo convulso. Propuso, en este caso, a los padres de la iglesia cristiana, el regreso a los clásicos para encontrar a un Cristo vivo, humano. Era necesario acercar las *Sagradas Escrituras* a los humildes, igual a Lutero: volver al verdadero humanismo cristiano, fuera de la

institución corrompida por los papas y sus familias. Atacó también a las órdenes monásticas sucumbidas en la codicia y la pereza, lejos ya de las enseñanzas de sus fundadores. Defendió una religión basada en la razón, más que en la fe ciega, y en la imitación de la vida de Cristo. Se propuso acabar con la adoración de reliquias y santos, para confiar más en la rectitud de la conducta cotidiana.



Leonardo vive en un mundo convulsionado por los poderes políticos y religiosos de su tiempo: “En los Estados italianos del siglo XV encontramos lo malo y lo bueno mezclado de modo peculiarísimo” (Burckhart, 1984: 9). La tiranía ha cambiado: los pequeños tiranos como los de Carrara y Scala han desaparecido; se advierte una tendencia de los *condottieri* por independizarse de los reinos dominantes; los pequeños tiranos, al verse debilitados, se respaldan en los grandes para protegerse y entrar en sus dominios.



El poder de los grandes señores se logra, especialmente, a través de las guerras de conquista; dominio amenazado tanto desde el interior como desde el exterior. En la segunda mitad del siglo XV aparecen fuertes dinastías como la Urbino, disuelta en los primeros años del siglo XVI, y que tuvo en Federigo (1444-1482) uno de los más fuertes representantes del principado. Algo semejante pasó en el principado de Ferrara y su príncipe Niccolom, fallecido en 1441.

En el ambiente de esta época vivió Leonardo, quien reconoce el valor de la imitación de la realidad y la naturaleza en toda obra artística. Panofsky cita a Leonardo respecto a este tema: “La pintura más digna de elogio es aquella que tiene más parecido con la cosa reproducida, y digo esto para rebatir a aquellos pintores que quieren mejorar las cosas naturales” (Panofsky, 1977: 47). Aquí aparece claramente el concepto de imitación, *mimesis* entre los clásicos griegos, como fidelidad a la realidad. En el arte hay que elegir lo más bello, hacer una selección ideal e idealizadora, entra después la fantasía, la imaginación creadora del artista, ésta va más allá de

lo meramente real, hasta llegar a la Belleza, escrita así, con mayúscula; una síntesis de Aristóteles-realista y Platón-idealista.

LEONARDO DA VINCI, EL ARTISTA, EL CIENTÍFICO Y EL FILÓSOFO

Leonardo y los artistas del Renacimiento parten de una teoría fenoménica, basada en la presencia física de las cosas para encontrar, con base en las ciencias, el acuerdo y la armonía de las partes de un todo, la proporción, el orden que guardan entre sí. Éstos se hallan gracias a la imaginación creadora del artista, capaz de lograr una obra de arte, donde la belleza responde a las cualidades de simetría, orden, ritmo y armonía, “tal como lo exige la *concinnitas*, es decir, la ley absoluta y suprema de la naturaleza” (Alberti citado por Panofsky, 1977: 53).¹ El artista imita con base en la experiencia, elige, sintetiza, busca su acomodo en una idea concebida a posteriori sobre la realidad, pero su imitación no es la realidad, la modifica, la embellece, la “recrea”, gracias a su “imaginación creadora”, luego el artista no es un imitador sin más, es un creador.

Los pintores renacentistas parten de la realidad; el artista se remite a las ideas y, de éstas, regresa a lo natural pero con una imagen embellecida, nueva. La elección que hace el artista de las cosas reales y de sus partes es, a través de una síntesis interior, propia, es decir, escoge lo mejor, lo más perfecto, lo más bello. Lo natural “se perfecciona” a través del arte y la labor del artista. Se trata de una *idea idealizada*, obtenida *a posteriori* gracias a la observación y el contacto con las cosas reales. La realidad como fuente de creación, pero que

¹ León Baptista Alberti (1401-1472), arquitecto, urbanista, pintor, músico, poeta, científico, autor del *Tratado de la pintura* y del *Libro de arquitectura*.

no será tal sin la acción creadora del artista, no puramente imitadora.

Pero, ¿qué debe conocer el artista para poder pararse frente a la naturaleza e imitarla en una obra estética? Leonardo establece el conocimiento de las ciencias como la base de la acción creadora del artista: las matemáticas, las leyes de la perspectiva, la anatomía, la mecánica fisiológica y psicológica, la biología, la física, la química, la astronomía, en fin, las ciencias de su tiempo. Los científicos de los siglos XV y XVI, Leonardo entre ellos, se imponen a los humanistas del momento en Italia:

Con Paolo Toscanelli, Luca Paccioli y Leonardo da Vinci, [Italia] figuraba, sin parangón posible, en matemáticas y en ciencias naturales, a la cabeza de todos los pueblos de Europa; los sabios de todos los países lo reconocían así y no vacilaban en declararse sus discípulos, incluso Regiomontanus y Copérnico. Esta fama sobrevivirá aún a la Contrarreforma. (Burckhart, 1984:160).

Leonardo hace la distinción entre el dogma y la ciencia para el hallazgo de la verdad; la verdad razonada y la verdad revelada; la vida terrenal y la vida celestial que, si bien se cruzan en la vida de los seres humanos, es necesario diferenciarlas. Leonardo pintor, escultor, arquitecto, ingeniero, músico, anatomista, fisiólogo, botánico, físico, filósofo, músico, poeta y, por si fuera poco, también se ejerció en los oficios donde se utilizaba el dibujo.

Hombres de conocimientos enciclopédicos los ha habido durante toda la Edad Media en diversos países, porque todos estos conocimientos aparecen muy poco diferenciados; y aún bastante adelante en el siglo XII nos encontramos con artistas universalmente dotados, porque los problemas de los arquitectos eran relativamente simples y homogéneos, y en la escultura y en la pintura el objeto por representar predominaba sobre la forma.

En la Italia del Renacimiento, nos encontramos, en cambio, con el caso singular de artistas que han sido capaces de crear algo nuevo y, en su género, perfecto, en todas las esferas del arte y que además de esto, en lo puramente humano, como hombres, nos producen la más profunda impresión (Burckhart, 1984:76-77).

Leonardo asiste al taller de Andrea del Verrochio (pintor nacido en Florencia, 1435-1488). El arte pasa después de los talleres artesanales a los talleres de los científicos, así queda bajo el orden de las ciencias, especialmente de las matemáticas, como lo escribió en sus tratados Marsilio Ficino (1433-1499), primer director de la Academia de Florencia, filósofo y teólogo italiano, traductor y comentarista de Platón y de Plotino.

A Giorgio Vasari (1511-1574) en su obra *Vidas de los más excelentes pintores, escultores y arquitectos*, según Julio E. Payró, le toca iniciar la historia del arte y de los artistas italianos a través de sus biografías. La de Leonardo empieza así:

Los cielos suelen derramar sus más ricos dones sobre los seres humanos —muchas veces naturalmente, y acaso sobrenaturalmente—, pero, con pródiga abundancia, suelen otorgar a un solo individuo belleza, gracia e ingenio, de suerte que, haga lo que haga, toda acción suya es tan divina, que deja atrás a las de los demás hombres, lo cual demuestra claramente que obra por un don de Dios y no por adquisición de arte humano. Los hombres vieron esto en Leonardo da Vinci. (Vasari, 1976: 221).

Vasari describe a Leonardo como un ser excepcional, dotado directamente por la divinidad, de tal manera que cuando aplicaba su inteligencia y su alma en alguna de sus obras, demostraba vigor, excelencia, belleza y gracia, como lo demostró, por ejemplo, en la *Gioconda*, que “tiene una sonrisa tan agradable, que más bien parece divina que humana, y fue considerada maravillosa, por no diferir en nada del original” (Vasari, 1976: 232).

La enemistad entre Leonardo y Miguel Ángel es confirmada por el mismo Vasari: “Había gran enemistad entre él [Leonardo] y Miguel Ángel Bounarroti” (Vasari, 1976: 234). Una de las causas de esta enemistad fue la discusión entre la excelencia y superioridad de la pintura o de la escultura. Esta última es defendida por Miguel Ángel debido al logro del volumen, por el otro lado, Leonardo

hace lo mismo respecto a la pintura, pues, gracias a la perspectiva, al *sfumato* y otros recursos más de los pintores, se puede “engañar” al ojo humano, *trampantojo*, de tal manera que en un plano de dos dimensiones: longitud y latitud, se perciben tres: longitud, latitud y volumen. La perspectiva es definida como el recurso pictórico donde los objetos parecen disminuir de tamaño, a medida que retroceden hacia el fondo.

Leonardo es autor de la *Gioconda* o *Monalisa*, y respecto a esta obra Luis Monreal (1983) explica que el segundo nombre puede ser apócope de *Madonna* (señora), y Lisa, mujer nacida en Florencia en 1479, casada con el marqués del Giocondo, de donde toma el nombre de *Gioconda*. Finalmente, no hay consenso entre los historiadores del arte sobre el origen del nombre *Monalisa*. Éstos cuentan que Leonardo no se apartó del cuadro, pues siempre lo llevó consigo: “La tersa calidad del rostro, con su enigmática y equívoca sonrisa, el diáfano modelado de las manos y el extraordinario verismo de los efectos de luz sobre las telas son producto de un procedimiento exquisito, de una inusitada insistencia y de un criterio científico aplicado a la captación de la realidad” (Monreal, 1983: 50).

Existe en la obra artística de Leonardo un *Ideal* de belleza, combinado con las *ideas* del artista, además de la psicología y las vivencias del personaje retratado. Al fondo del personaje se



Leonardo da Vinci, *La virgen de las rocas*.

percibe un paisaje simbólico donde bien puede representarse al universo todo, a través de una ventana que permite al observador ver el exterior de “algo”, tal vez el infinito; la llamada perspectiva aérea.

Leonardo habló de la perspectiva aérea. Panofsky cita a Leonardo respecto a este recurso pictórico: “Hete aquí otra perspectiva que llamo aérea, pues por la variedad del aire podemos conocer las diversas distancias de los diversos edificios. Habréis, pues, de pintar el edificio más lejano, menos perfilado y más azulado”. (Panofsky, 1977: 112). El aire interpuesto entre el ojo y los objetos, logra una realidad plástica que modifica la percepción visual.

Francisco I, rey de Francia, obtuvo este cuadro a través de Melzi, quien fue el ejecutor de la testamentaría de Leonardo. Así llegó, pasando por Fontainebleau, hasta las manos de Napoleón, quien la consideró su obra favorita y la tuvo en las Tullerías, hasta que en 1804 pasó al Louvre. En 1911, la *Monalisa* fue robada y apareció en Florencia en el Museo de los Uffizi, después en Roma y en Milán, hasta que en 1913 regresó al Louvre. Su producción tal vez fue entre 1503 y 1506 o 1513.

Otro famoso cuadro de Leonardo es *La virgen con el niño y santa Ana*. Este pasaje religioso se aloja en

LA COLMENA 67/68, julio-diciembre 2010

la naturaleza y resalta la humanidad divinizada de santa Ana, la Virgen, el Niño Jesús, y hasta el cordero al pie de los personajes. Esta obra fue iniciada tal vez en 1501 y terminada, probablemente, en 1512, se dice que un discípulo de Leonardo ayudó a terminar el cordero. Este cuadro también estuvo en manos de Francisco I en Fontainebleau. En 1643 fue ofrecido a Luis XIII.

Veamos otro cuadro más, *La virgen de las rocas*, donde el artista utiliza también el *sfumato*, comparable a la *Gioconda*. Fue pintado, probablemente, a fines de 1482, tal vez por encargo de la Iglesia de San Francesco Grande de Milán. En este cuadro, se logran suaves y “naturales” transiciones de espacios través de áreas de color. Con base en líneas y colores se hacen distintos juegos de luces para dar idea de profundidad. Se crean espacios artificiales que parecen reales: una “ventana” permite ver el paisaje detrás de ella, esto se relaciona con la óptica y el funcionamiento del ojo humano, es decir, un caso de ciencia pura aplicada.

Para él [Leonardo], incluso la pintura parece más una ciencia que un arte. Digamos

que no hace la distinción. Busca una imagen del mundo, exacta, ideal y universal. Su arte es un arte de intelectual, el resultado de largas reflexiones, y no una espontaneidad intuitiva y sentimental (Sertilanges en Vinci, 1992: 11).

El artista renacentista, Leonardo por ejemplo, no es improvisado, es un artista “de carrera”, preparado en talleres ya reconocidos en su tiempo, maestros que enseñan a los nuevos discípulos tanto arte como ciencias.

Las ciencias auténticas son aquellas que la experiencia hace que penetren por los sentidos y que imponen silencio a la lengua de los argumentadores, y que no nutren de sueños a sus investigadores, pero sobre los primeros y verdaderos principios conocidos van procediendo sucesivamente y con un real seguimiento, llegando a concluir, como se ve en las matemáticas. (Vinci, 1992: 6).

Aquí Leonardo declara su juicio a favor de la experiencia como fuente del conocimiento, a la manera del empirismo aristotélico: nada hay en la razón si antes no ha pasado por los sentidos.

Leonardo es un realista-idealista. Como idealista, expresa la Idea de las cosas en sentido platónico; como realista sensorial, en sentido aristotélico, las cosas que se manifiestan “por fuera” son vistas por el artista “desde dentro”. Lo ideal es respaldado por lo real, la idea proviene de la cosa. La materia es primero como fuente de creación, viene después la reflexión y la acción, con plena conciencia de sí mismo y del otro.

“Leonardo es el que es: un hombre completo”, dice Sertilanges en el estudio hecho sobre la obra de Da Vinci, quien vive y aprende de manera permanente durante toda su vida.

Leonardo nació en Vinci 1452 y murió en 1519, fue semejante a Platón y a Aristóteles en su pensamiento y en la síntesis de su conocimiento. Su maestro Verrochio quedó asombrado “estupefacto ante los grandes comienzos de Leonardo” dice Vasari al conocer los primeros dibujos de Leonardo. Fue condiscípulo de Perugino y Lorendo di Credi. Su primera obra, dirigida por su maestro, fue *Bautismo de Cristo*. En sus obras buscó el equilibrio entre lo objetivo y lo subjetivo, entre las sensaciones y las ideas, entre la realidad y la idealidad. Esto se ve en todas ellas,



LA COLMENA 67/68, julio-diciembre 2010

como en la llamada *Virgen con flor*, una de las primeras obras que no se perdieron.

Además de las obras antes mencionadas, sobresalen *San Jerónimo*, localizada en la Pinacoteca Vaticana; *La última cena* que se localiza en Milán; la *Adoración de los magos* en la galería de los Uffizi, donde logra una magnífica síntesis de los personajes, y el niño Jesús aparece como punto de arranque de un mundo nuevo.

Vivió en Florencia pero a los 30 años Leonardo se fue a Milán, donde reinaba Ludovico el Moro, quien quedó encantado con el artista. Leonardo le ofreció a Ludovico una serie de inventos bélicos que podía utilizar en sus batallas y conquistas: puentes para transportar hombres y armas, fosos, escalas, “cañón de fácil transporte que lanza materias inflamables”, construcción de pasadizos subterráneos, vehículos cubiertos e indestructibles para transportar artillería, morteros, catapultas, bajeles (barcos de guerra) que resistían el fuego más intenso. Esto para tiempos de guerra, pero en tiempos de paz Leonardo ofreció al mismo Ludovico:

En tiempo de paz, puedo igualar, creo yo, a cualquiera en la arquitectura, construir monumentos privados y públicos, conducir el agua de un lugar a otro. Puedo ejecutar esculturas en el mármol, bronce, terracota. En pintura, puedo hacer lo que haría otro, quienquiera que sea. Y además, me comprometería a ejecutar el caballo de bronce a la eterna memoria de su padre y de la muy ilustre Casa de Sforza. Y si alguna de las cosas que acabo de reseñar parecióle imposible o impracticable, le propongo se haga la prueba en vuestro parque o en cualquier otro sitio que plazca a Vuestra Excelencia, a quien me recomiendo con entera humildad. (Vinci, 1992: 14)

¿Hombre humilde Leonardo?, ¡claro que no!, él sabía quién era y de lo que era capaz. El trabajo del caballo nunca se hizo “La estatua ecuestre de ocho metros de alto de Francisco Sforza, padre de Ludovico, estuvo esperando cuarenta años la fundición que no llegó” (Sertilanges en Vinci, 1992: 14).

A la caída de Ludovico el Moro, Leonardo es expulsado a Milán, para entonces tiene cincuenta años, y se refugia en Venecia pasando por Mantua donde esboza el magnífico perfil de *Isabel d'Este*, conservado



en el Museo del Louvre. Pasa por Roma y pinta a *San Juan Bautista*. Se va a Francia invitado por el rey Francisco I, y se establece en el castillo de Cloux, cerca de Amboise, donde muere en 1519.

“Este hombre de varias almas, había tenido diversas hojas para desgastar la vaina” (Sertilanges en Vinci, 1992: 15). Leonardo es el primero en practicar el dibujo anatómico que ha dado tantos frutos, tanto en el campo de las artes como en el de las ciencias. Fija el lenguaje de la pintura antes que Miguel Ángel y Rafael; funda la ciencia experimental antes que Bacon; entrevé las leyes de la gravedad antes que Newton; la aceleración de los cuerpos antes que Galileo; el equilibrio de los líquidos antes que Pascal; funda la hidráulica antes que Castelli; inventa el fotómetro antes que Humford; el paracaídas, la máquina para volar, una bomba de vapor, un buque en dragado, un

cañón de vapor, un balancín de relojería, un sistema de evacuación directa urbana y, además, escribió un *Tratado de pintura*.

Como filósofo, Leonardo escribió sobre asuntos que ocupan el pensamiento de cualquier ser humano, pretendió ir más allá de la vida cotidiana y la hizo tema de reflexión sobre la condición humana.

Da Vinci: pintor, escultor, arquitecto, músico, poeta:

es asimismo un sabio de primer orden, un teórico de genio, un inventor, un filósofo. [...] Quebraba una herradura como si hubiese sido de plomo, dice Vasari. Y era el hombre de las exquisitas agilidades del pincel y el magnífico tocador de lira. (Sertilanges en Vinci, 1992: 9-10)

Leonardo reconoce la superioridad del espíritu sobre la materia humana, a la manera de Platón: “Nuestro cuerpo está por debajo del cielo, y el cielo por debajo del espíritu” (Vinci, 1992: 19). Admite, también, la gradación de lo existente, a la manera de Aristóteles.

Frente al tema de Dios, Leonardo parece ser un agnóstico, entendida esta posición como el reconocimiento del misterio de lo sagrado, pero a la vez la limitación de las posibilidades humanas para conocerlo; no es la negación de la existencia de lo divino, pero sí la imposibilidad de su conocimiento pleno.

Leonardo hizo una síntesis de dos posiciones: por un lado, la razón como medio para el conocimiento de la religión a la manera de santo Tomás de Aquino, religiones de razón; por otro, la fe como la única capaz de llegar a tener conciencia de la divinidad, religiones de revelación, al modo de san Agustín de Hipona.

El amor por su objeto, cualquiera que sea, es hijo de su conocimiento. Y es más ferviente aún el amor por el conocimiento íntegro de todas las partes que, reunidas juntas, forman la totalidad de la cosa que ha de ser amada. Si no conoces a Dios, no sabrás amarle. Si le amas por el bien

que esperas de él y no por su soberana virtud, estás imitando al perro que mueve el rabo y hace arrumacos saltando al que le va a dar huesos. Si conociera el animal la superioridad del hombre, le amaría mucho mejor. (Vinci, 1992: 4)

Un mundo jerarquizado a la manera de Aristóteles, cuya cúspide es ocupada por Dios, identificado con lo inmutable, lo eterno, lo infinito, como el mundo de las Ideas de Platón. “¿Cuál es la cosa indefinible que dejaría de serlo, si pudiese formularla? ¡El infinito, que sería finito, de poder ser definido!” (Vinci, 1992: 4).

Las cuestiones metafísicas, Dios principalmente, son incomprensibles para la razón humana. Un Dios conocido en su totalidad es imposible, lograrlo sería humanizarlo, esto es “atomizarlo”, partirlo en partes pequeñas para ser comprendido (como lo hacen las ciencias empírico-inductivas con sus objetos de estudio), querer estudiar su inteligencia como lo hace la anatomía con el cuerpo humano. Pero todo esto sería desdivinizarlo, entonces dejaría de ser Dios: “¡Quieren abarcar la Inteligencia de Dios en quien está incluida el universo y pesarla y dividirla al infinito, como para anatomizarla!” (Vinci, 1992: 4).

A ese Dios, Leonardo le pide ayuda para realizar su obra artística: “Suplico al Señor, luz de todo, que me ilumine, para que trate yo dignamente de la luz” (Vinci, 1992: 5). Un Dios que exige esfuerzo y trabajo a los seres humanos, para lograr sus tareas: “Tú, oh Dios, vendes todos los bienes al hombre a costa del esfuerzo” (Vinci, 1992: 21).

Acerca del valor de la reflexión sobre la experiencia, Leonardo dice: “Hay que contemplar; hay que pensar: Quien poco piensa mucho se equivoca” (Vinci, 1992: 5).

Como filósofo realista, defiende el valor de las ciencias empíricas como las únicas ciencias verdaderas:

Paréceme que son vanas y llenas de error las ciencias que no nacen de la experiencia, madre de toda certidumbre, y que no culminan en una noción experimental, es decir que no pasa por ninguno de los cinco sentidos ni su origen (principios), ni su entorno (el método), ni su fin (verificación). Si dudamos de las cosas que pasan por los sentidos, aún más deberíamos dudar de cuanto se refiere a las cosas rebeldes a estos sentidos, como la esencia de

Dios, el alma y otras cuestiones semejantes sobre las que constantemente se disputa y se impugna.

(Vinci, 1992: 4)

Contra la especulación científica “pura”, Leonardo advierte: “Huye de los preceptos de aquellos especuladores, cuyas razones no están confirmadas por la experiencia” (Vinci, 1992: 5). Contra las “verdades” fugaces, dice: “Huye del estudio cuya operación muere con su operador” (Vinci, 1992: 5).

Reconoce el valor supremo de las matemáticas como ciencia exacta: “Ninguna indagación humana puede titularse verdadera ciencia, de no pasar por la demostración matemática” (Vinci, 1992: 6).

Leonardo como buen filósofo, también es moralista, da “consejos” a los seres humanos que considera necesarios para guiar su conducta:

“No estimar la vida, toda la vida, es no merecerla.”

“Pide consejo a quien se corrige a sí mismo.”

“Corrige al amigo en secreto y alábale en público.”

“Una jornada bien llena da buen sueño. Una vida bien llena da una muerte tranquila.”

“A los ambiciosos que no se contentan del beneficio de la vida y de la belleza del mundo, se les impone por castigo que no comprendan la vida y permanezcan insensibles a lo útil y bello del universo.” (Vinci, 1992: 7-8).

Leonardo en su vida llevó a cabo sus preceptos, fue una vida plena y, seguramente, su muerte fue tranquila.

REFLEXIONES FINALES

Se sabe mucho de la vida y obra artística de Leonardo, menos sobre su vida personal, pero se puede inferir que un hombre creador en el campo de las artes, inventor en el área de las ciencias y las técnicas y escritor, tuvo que ser un hombre bueno, valioso; un ser cuyas cualidades humanas, reconocidas como valores, lo colocaron en un lugar especial y por encima de muchos otros, no sólo con respecto a sus contemporáneos, sobre todo por el sitio que ocupa en la historia como un clásico del Renacimiento, vivo hasta hoy, a través de sus obras y sus ideas.

Leonardo fue un espíritu libre e independiente, combativo, rebelde, influyente en su tiempo y aún hasta nuestros días mediante su obra artística, técnica, científica y su pensamiento filosófico. Hombre completo

del Renacimiento italiano, mas no el único, cuya energía expansiva, totalizadora, a veces inconstante, le hace decir: ¡Siempre más lejos! Siempre hay que llegar más allá de donde estamos parados. Los únicos límites del espíritu humano son los que cada quien se impone. Leonardo, un hombre completo, tan escasos hoy en día que, sin embargo, pueden convertirse en guías o líderes verdaderos, de quienes el mundo actual está tan necesitado. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Burckhart, Jacob (1984), *La cultura del Renacimiento en Italia* [Pról. de Werner Kaegi], México, Porrúa, 317 pp. (Col. “Sepan Cuantos...”, Núm. 441).
- Chadwick, Henry y G. R. Evans (2006), *Grandes civilizaciones del pasado. La iglesia cristiana*, Barcelona, Folio, 231 pp.
- Gombrich, E. H. (1992), *Historia del arte* [Versión española de Rafael Santos Torroela], Madrid, Alianza Forma, 547 pp.
- Monreal, Luis (1983), *Obras maestras de la pintura. Museo de Louvre, Museo de Jeu de Paume*, Vol. 1, Barcelona, Planeta, 182 pp.
- Panofsky, Erwin (1977), *Idea: contribución a la historia de la teoría del arte*, Madrid, Cátedra, 136 pp.
- Vasari, Giorgio (1976), *Vidas de los más excelentes pintores, escultores y arquitectos* [Pról, trad., est. prel. y notas por Julio E. Payró], México, W. M. Jackson Inc, 349 pp.
- Vinci, Leonardo da (1992), *Los pensamientos de Leonardo da Vinci. Seguidos de una conferencia inédita sobre la inteligencia de Leonardo da Vinci de A. D. Sertilanges*, Francia, Le Clos-Lucé, Valde Loire, 46 pp.
- Xirau, Ramón (1964), *Introducción a la historia de la filosofía*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 538 pp.